



ARTICULOS

FILOSOFÍA, CIENCIA Y DIALECTICA. MI VISION DEL CONGRESO DE OVIEDO

JOSE MARIA LASO PRIETO

Oviedo

Del 12 al 16 de Abril se celebró en Oviedo el I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias. Su organización estuvo a cargo de la Sociedad Asturiana de Filosofía (SAF) contando también con la valiosa colaboración de la Fundación «Principado de Asturias», de la Caja Rural Provincial y de la Universidad de Oviedo. Ya desde su fase de preparación, la SAF se propuso clarificar que este Congreso no se concebía como una reunión filosófica, para filósofos, sino como un intercambio de información y planteamientos entre especialistas de ciencias positivas y estudiosos de los métodos, estructura y validez de las ciencias. Como es lógico, ello no significaba ninguna subestimación de las reuniones filosóficas estrictas. Tales reuniones siguen siendo útiles, para otras finalidades que varían según su temática específica. En ese sentido, no se puede desconocer la función positiva que —especialmente durante el franquismo— desempeñaron los congresos de filósofos jóvenes. De hecho, tales congresos constituyeron, en aquella etapa, auténticos cauces de discusión en condiciones de libertad no parangonables con la existente en la propia Universidad. Aunque, con posterioridad, esos cauces se han diversificado, no por ello va a desaparecer la necesidad de reuniones filosóficas estrictamente gremiales. En realidad, con una u otra denominación, éstas se celebran regularmente en el ámbito nacional de diversos países y también con carácter internacional.

Ahora bien, otra era la finalidad del Congreso celebrado en Oviedo. En él no se trataba de debatir distintos temas filosóficos previamente abstraídos, o cortados, de sus conexiones con diversas disciplinas. Por el contrario, la perspectiva en que se situaba el Congreso era la de abordar, interdisciplinariamente, la relación recíproca entre filosofía y ciencias positivas. Es este un problema central de nuestra época pero que no se presentaba de igual forma en el pasa-

do. Así, en los albores de nuestra civilización, filosofía y ciencias se fundían en el tronco común del conocimiento humano. De hecho, los «filósofos» o «metafísicos» presocráticos eran considerados como sabios. Es decir, como «físicos» o científicos que tenían un conocimiento positivo de distintas facetas de la naturaleza. El que después, o simultáneamente, autorreflexionasen filosóficamente sobre sus conocimientos —en búsqueda de un primer principio del Universo— no les hacía perder su condición de científicos. El propio Aristóteles era un científico descolante en diversas disciplinas.

Este magma original, en el que filosofía y ciencias eran indistinguibles, se fue dissociando paulatinamente. De una parte, se desarrollaron las ciencias como producto del desenvolvimiento de las diversas técnicas artesanales. De otra, la filosofía adquirió autonomía propia y se expresó en una serie de sistemas que, aunque también condicionados por el desarrollo técnico y social, eran a su vez producto del desarrollo dialéctico inmanente de las ideas. Es decir, de su sucesividad y contradicción internas. Tales sistemas culminaron con la filosofía de Hegel, que fue el intento más ambicioso de sistematizar el conocimiento del mundo adelantándose especulativamente al desarrollo de las ciencias positivas. Para el profesor Sacristán, las causas por las que fracasó tal pretensión de la filosofía sistemática son varias. Empero la principal es la definitiva constitución del conocimiento científico durante la edad moderna. Desde entonces se ha ido creando un abismo creciente entre filosofía y ciencias de consecuencias muy peligrosas. Y de tanta mayor gravedad cuanto que, como señalaba la SAF en su convocatoria, nuestra civilización está asentada en los pilares de las diferentes ciencias y éstas han dejado de ser ciencias especulativas para convertirse en componentes esenciales de la producción. No obstante, los científicos, que son quienes trabajan e investigan en sus ciencias particulares, pierden

paradójicamente su horizonte cultural y con demasiada frecuencia se acogen a concepciones totalmente inadecuadas sobre el significado de la ciencia. Por ello, uno de los objetivos del Congreso que reseñamos, era contribuir a que se superara tan peligrosa situación. De cómo se ha intentado, desde distintas perspectivas epistemológicas, vamos a dar cuenta en esta reseña. Sin embargo, para la mejor comprensión del intento, conviene especificar previamente esas distintas perspectivas de partida.

Filosofía y Ciencias

A medida que se fueron disociando ciencia y filosofía, y se ramificaban las diferentes ciencias, han surgido distintas concepciones sobre sus respectivas funciones. Incluso se había previsto la muerte de la filosofía, bien sea con carácter inmediato —como propugnaban algunos positivistas— o cuando el desarrollo social alcance su culminación en el comunismo. Esta última tesis, sustentada por algunos marxistas, no es aceptada por otros. Su génesis parte de la crítica de Marx a la filosofía del derecho de Hegel —la filosofía alcanzaría su realización en el proletariado— y de algunas tesis de Engels. Sobre todo, de la contradictoria valoración que Engels hacía del sistema de Hegel: «La filosofía alemana encuentra su conclusión en el sistema de Hegel, en el que por primera vez —tal es su gran mérito— todo el universo de la naturaleza, la historia y el espíritu se describen como un proceso. Es decir, como determinado por un movimiento constante, en perpetuo cambio, transformación y evolución. Hegel trataba de mostrar la lógica inmanente de ese movimiento y esa evolución. (...) Era, por tanto, inevitable que, por genial idea que se formara de ciertas relaciones particulares, muchas en el pormenor fueran artificiales o falsas. El sistema de Hegel fue un aborto colosal, el último en su género (...). Por el contrario, el materialismo sintetiza los progresos recientes de las ciencias naturales, según los cuales la naturaleza también tiene su historia en el tiempo... En uno y otro caso, tal materialismo, esencialmente dialéctico, no implica ninguna filosofía superpuesta a las demás ciencias. Desde el momento en que se pide a cada ciencia que dé cuenta de su posición en el conjunto general de las ciencias, tórnase superflua una ciencia especial del conjunto; lo que subsiste, de toda la antigua filosofía y conserva su existencia propia, es la teoría del pensamiento y de sus leyes, la lógica formal y la dialéctica. Todo lo demás se resuelve en la ciencia positiva de la naturaleza y de la historia» (1).

Desde esta perspectiva, es obligado referirse a la posición del profesor Sacristán que dió lugar a la célebre respuesta de Gustavo Bueno sobre la función de la filosofía en el conjunto del saber. Ya en su prefacio a la edición de Grijalbo del *Anti-Dühring* (1964), Manuel Sacristán sustentaba una concepción de lo filosófico no como un sistema superior a la ciencia, sino como un nivel del pensamiento científico: el de la inspiración del investigador y el de la reflexión sobre su desarrollo y resultados. Para ello se apoyaba en la tesis de Engels de que el nuevo materialismo no es una filosofía, sino una simple concepción del mundo que tiene que

sustentarse no en una sustantiva ciencia de las ciencias, sino en las ciencias reales. En él queda «superada» la filosofía, es decir, «tanto superada como preservada», superada en cuanto a su forma, preservada en cuanto a su contenido real.

En 1968, con su opúsculo *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores* (2), el profesor Sacristán radicalizó su posición. Después de una crítica de la función ideológica —y de la deficiencia pedagógica— de la enseñanza de la filosofía en España, Sacristán propuso la supresión de la licenciatura en filosofía y su eliminación, como asignatura, de la enseñanza media. Fundamentó, tan radical cirugía, en su tesis de que no hay un saber filosófico sustantivo superior a los saberes positivos; y en que los sistemas filosóficos son pseudoteorías, construcciones al servicio de motivaciones no teóricas e insusceptibles de contrastación científica. Empero Sacristán reconoce que existe una reflexión acerca de los fundamentos, los métodos y las perspectivas del saber teórico, del preteórico y de la práctica, cuya reflexión puede discretamente denominarse «filosófica» por su naturaleza metateórica en cada caso. Esta actividad, efectiva y valiosa, ya justifica, para Sacristán, la conservación del término «filosofía» (3).

Gustavo Bueno reaccionó polémicamente contra lo que calificó de «harakiri» filosófico de Sacristán. Partía de la constatación de una dualidad «estructural» en el significado del término «filosofía». De una parte, en cuanto conserva su significado de «sabiduría» que consiste en no aceptarse en posesión de ningún saber definitivo, de acuerdo con su propia etimología. Es decir lo que, en expresión kantiana, es «filosofar». Por tanto, una sabiduría mundana difícilmente recludible en los límites de un oficio o una especialidad, puesto que se ejercita en todos ellos. De otra, la filosofía designa la tarea propia de los «filósofos» considerados como especialistas en un aspecto del conjunto de la cultura, con su propia tradición gremial (Descartes, Spinoza, Kant, Hegel...). Como oficio, la filosofía es una actividad académica pero difícilmente podría denominarse ahora «sabio» a quien la ejerce. El filósofo, como especialista, no es ni más ni menos sabio de lo que puede ser cualquier profesional en su propio oficio: simplemente tiene conocimientos característicos en los cuales alcanza diversos grados.

En función de esa dualidad «estructural», el profesor Bueno se planteaba ampliamente la situación de la filosofía en el conjunto de la cultura (4). En sentido menos amplio —el de la relación filosofía-ciencias— Gustavo Bueno consideraba que el oficio filosófico no tiene por objeto transformar las «verdades» ofrecidas por cada ciencia particular, por cada técnica, por una praxis especializada cualquiera que sea. Cada ciencia, cada técnica, tiene acoplada su propia crítica categorial a los resultados que obtiene. En ese aspecto, la filosofía, como especialidad, no tiene una catego-

(2) Manuel Sacristán, *Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores*. Editorial Nova Terra. Barcelona, 1968.

(3) *Op. cit.*

(4) Gustavo Bueno, *El papel de la filosofía en el conjunto del saber*. Editorial Ciencia Nueva. Madrid, 1970.

(4 bis) Mario Bunge, *Economía y Filosofía*. Editorial Tecnos. Madrid, 1982.

(1) Federico Engels, *Anti-Dühring*. Editorial Ciencia Nueva. Madrid, 1968.

ría de verdades para su explotación especializada, pues la «verdad» filosófica tiene otro sentido. Empero esto no significa que la filosofía no se interese por las verdades sino que las verdades, «categoriales» son materiales de su trabajo específico.

Partiendo de estos postulados —en su polémica con Sacristán— el profesor Bueno precisaba el lugar de la filosofía en la «república de las ciencias». A su juicio, la filosofía es razón crítica: es, pues, la misma razón científica. Empero es la razón moviéndose por terrenos diferentes a los de las ciencias positivas. La razón filosófica no discurre por terrenos «acotados» —esferas abstractas de la racionalidad— sino por terrenos salvajes, o por terrenos en que se borran los límites: el enfrentamiento de esferas heterogéneas. Por ello, para Bueno, la razón filosófica conoce a la razón matemática, o a la razón física, no como extraños, sino como ella misma pisando otros terrenos. En algunos trechos, incluso se aproximan tanto que casi se confunden; a veces, la filosofía se ve obligada a planear «experiencia», en el sentido de experiencias científicas que pueden ser luego «positivizadas», es decir, incorporadas a alguna ciencia particular; otras veces la razón filosófica utiliza procedimientos ya controlados por una ciencia positiva, para salir a su propio campo aunque con perspectivas diferentes.

No se pueden completar los enfoques epistemológicos —de la relación filosofía-ciencias— que han constituido la base de partida del I Congreso, sin referirnos al neopositivismo. En su sentido actual, prescinde del historicismo de las concepciones de Comte y —en su variante de filosofía analítica— sostiene que el conocimiento de la realidad se da sólo en el pensar cotidiano o concretamente científico. En consecuencia, la filosofía es posible únicamente como análisis del lenguaje, en el que se expresan los resultados de ese tipo de pensar. Así, para el neopositivismo, el análisis filosófico no se hace extensivo a los objetos reales, sino que ha de limitarse a «lo dado». Es decir, a la experiencia inmediata o lenguaje. con ello, desde las distintas variantes positivistas, se ha pretendido negar el significado de los postulados filosóficos calificándolos de proposiciones «metafísicas» sin sentido. Sin embargo, en la medida que el positivismo enuncia que «sólo hay hechos», postula tesis del mismo tipo que las que rechaza como «metafísicas»: pues no es un hecho que sólo haya hechos.

Ese rechazo de la filosofía, como supuesta metafísica, no es sólo de origen continental, sino también anglosajón. Responde a la tradición del empirismo británico que, en sus formas extremadas, era satirizado por Engels en su trabajo «Las ciencias naturales en el mundo de los espíritus». Concretamente, Engels se refería a las prácticas espiritistas realizadas por naturalistas como Russell Wallace, físicos como Crookes, Zollner, etc., químicos como Butlerov y matemáticos como Dollinger. De ahí que Engels considerase que el más alto grado de fantasía, credulidad y superstición no se daba en la filosofía idealista de la naturaleza, que trataba de meter el mundo objetivo, por la fuerza, en el marco del pensamiento subjetivo, sino en la tendencia opuesta, que exaltaba la simple experiencia y trataba al pensamiento filosófico con soberano desdén. Esta crítica engelsiana conserva su actualidad respecto a las posiciones radicalmente empiristas y positivistas que consideran carente de sentido toda síntesis filosófica. Estas posiciones —que se personalizan en algunos científicos y en sustentadores de la filosofía analítica—

rechazan el lenguaje de la filosofía basándose en la supuesta vaguedad de conceptos. Sin embargo, como demostró en el Congreso que reseñamos el profesor Emilio Lledó, tales posiciones conducen a la esterilidad al cuestionar constantemente el sentido de cada generalización filosófica. Empero, esta crítica de los radicalismos antifilosóficos, no debe conducir a negar el valor real de los resultados concretos obtenidos en el campo de la lógica, y de la metodología de las ciencias, gracias a las investigaciones de los neopositivistas.

Aunque no ha estado explícitamente representada en este I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias, para completar las distintas perspectivas epistemológicas de la relación filosofía-ciencias, es necesario referirse al racionalismo crítico de Popper que, con su crítica al empirismo y al positivismo lógico del Círculo de Viena, contribuyó a acentuar la crisis del neopositivismo. También a revitalizar las tendencias metodológicas que tratan de profundizar en los problemas que plantea el carácter histórico y relativamente autónomo del desarrollo científico. Estos enfoques postpopperianos —Lakatos, Feyerabend, etc.— han repercutido sobre los científicos prácticos, que han visto en las estructuras de las revoluciones científicas de Kuhn un esquema adecuado para pensar su actividad, sin percibir los riesgos de convencionalismo e idealismo que supone reducir la teoría de la ciencia.

Objetivos y Medios

Con muy buen criterio, los organizadores del Congreso que reseñamos no concebían éste ni como una reunión unilateral de científicos ni como un cónclave gremial de filósofos. Tampoco, simplemente, como una reunión interdisciplinar, en la que se yuxtapusiesen mecánicamente distintas disciplinas. Sin desdeñar las ventajas de la interdisciplinariedad, sobre la compartimentación tradicional de muchas actividades académicas, en este caso se trataba de algo más. Nada menos que de reunir durante toda una semana —en condiciones de confortabilidad y relativo aislamiento propicias para la reflexión— a científicos y cultivadores de tres disciplinas (Física, Geografía y Psicología) junto con filósofos y metodólogos de la ciencia.

Aunque ya la mera reunión de tal conjunto de investigadores y pensadores podía, por sí misma, constituir una especie de «masa crítica» que espontáneamente originase una reacción creativa en cadena de importantes consecuencias para la filosofía y las ciencias, no se consideró suficiente para los objetivos propuestos. Lejos de todo espontaneísmo, se estructuró un apretado programa en el que se articulaban sistemáticamente ponencias y comunicaciones. Así se desarrolló un plan en el que inicialmente aparecían tres magnas ponencias definitorias de una concepción general de la ciencia —las de Mario Bunge, Carlos París y Gustavo Bueno— seguida de otras ponencias y comunicaciones en las que se proporcionaba el material, de una determinada ciencia positiva, para su análisis y discusión desde las distintas perspectivas epistemológicas presentes en el Congreso. Con ello se podían aunar en una armónica, o conflictiva, conjunción los elementos de reflexión, más o menos sistemáticos, que todo investigador formula sobre su propia ac-

tividad, y las sistemáticas generalizaciones globales propias de filósofos y metodólogos de la ciencia. Así se produciría necesariamente —mediante el análisis, la abstracción y la síntesis dialéctica— un enriquecimiento mutuo del nivel cognoscitivo de las ciencias positivas objeto del debate y de la filosofía que generaliza los resultados concretos que éstas van alcanzando en sus distintas etapas de desarrollo. Asimismo, a través del proceso crítico que la estructura congresual suponía, sería posible eliminar las escorias que inicialmente se forman al desarrollarse todo proceso cognoscitivo.

Esta perspectiva filosófico-crítica que la S.A.F. asumió, como organizadora del Congreso, es la propia de EL BASILISCO. Ya en su número inicial, esta revista enunciaba que su temática no era la de la filosofía-filológica, sin que por ello tratase de excluirla sino, por el contrario, incluyéndola como un material más sobre el que debe instituirse la reflexión filosófica del presente. Para esta perspectiva, la temática es prácticamente universal: el conjunto de todas las categorías físicas, biológicas, económicas, políticas, etc. En consecuencia, su objetivo es analizar las ideas en que aquellas se realizan, teniendo en cuenta, a su vez, las formulaciones de estas ideas que la tradición filosófica ofrece y en la cual estamos enmarcados. Lógicamente, ello supone el ejercicio continuo de la misión trituradora sobre tales materiales, propia de la dialéctica, de la cual el animal mitológico es el símbolo. Trituración dialéctica que no supone su destrucción sino su transformación en nuevos contenidos.

Tal perspectiva filosófico-crítica (materialista) fue muy bien asegurada en el Congreso por la presencia permanente de los profesores Bunge y Bueno. Asimismo por la participación activísima que ambos tuvieron en casi todos los debates. Mario Bunge desde el enfoque denominado «semántico», del que es uno de los máximos representantes, y que, de hecho, constituye un «revival» de los postulados neopositivistas ya que, aunque asume la necesidad de superar sus estrechos marcos, sigue manteniendo una consideración de la ciencia como realidad de inexcusable base proposicional. Por su parte, Gustavo Bueno, si bien puede compartir con el profesor Bunge la común ontología del materialismo filosófico, difiere de éste en su valoración de la dialéctica y en su concepción de la ciencia. Como es sabido, el profesor Bueno formuló, hace ya más de una década, su teoría del cierre categorial de las ciencias que pretende abrir una vía equidistante entre el empirismo neopositivista y el constructivismo historicista.

La aportación de Mario Bunge

En el marco recoleto del salón Covadonga, del Hotel Reconquista de Oviedo, inició sus sesiones el I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias. En sus funciones de Decano de la Facultad de Filosofía, Psicología y Ciencias de la Educación, le correspondió a Gustavo Bueno abrir la sesión inaugural. En breves palabras, el profesor Bueno se refirió a la función de la ciencia en la sociedad actual y a los problemas que suscitan las diferencias de método, objeto y campo entre las diferentes ciencias. Gustavo Bueno se planteó también el problema del estatuto de científicidad de las denominadas «ciencias humanas» y aludió igualmen-



te a las pretensiones de algunas pseudociencias. Para el profesor Bueno, hay que distinguir entre verdadera ciencia y «ciencias» sofisticadas. Tampoco se puede desconocer que existen disciplinas que son muy respetables —por diversos conceptos— pero que no son científicas. Según G. Bueno, la reflexión sobre estas cuestiones es tradicionalmente filosófica, pero cuando los científicos reflexionan también sobre su propia actividad se convierten en filósofos de la ciencia. Tras una referencia a la institución Kula, de los indígenas de Nueva Guinea, que le permitía ilustrar gráficamente su idea de ciencia, el profesor Bueno se remitió a la actitud de los científicos cuando utilizan esquemas teóricos apriorísticos, que no tienen un significado científico, y de todo ello dedujo la necesidad de la interdisciplinariedad. Gustavo Bueno finalizó señalando que, en la sesión inaugural, sólo se podía emitir un juicio de probabilidad sobre los resultados del Congreso.

Por su parte D. Graciano García, director de la Fundación «Principado de Asturias» —sin cuya valiosa colaboración difícilmente se hubiese podido realizar un Congreso de tal magnitud— destacó el propósito de la Fundación de que la iniciativa en curso tuviese continuidad. Para argumentarlo, se basó en dos razones: porque, como preconizaba Bertrand Russell, la filosofía puede influir en el aumento de la imaginación intelectual —y el mundo necesita más que nunca un gran esfuerzo imaginativo para salir de la crisis— y porque la iniciativa es muy asturiana ya que, como señalaba un filósofo español, los asturianos somos capaces de superar nuestro particularismo y de volcarnos en temas o empresas universales. A su vez, el profesor Alberto Hidalgo, presidente de la SAF, agradeció la decisiva colaboración de la Fundación «Principado de Asturias», de la Caja Rural Provincial y de la Universidad de Oviedo. El profesor Hidalgo subrayó el ámbito interdisciplinar del Congreso y la necesidad de que tales encuentros, entre científicos y filósofos, se celebren regularmente. Terminó señalando que «la SAF se ha comprometido en ello con la intención clara de crear en nuestro país un foro adecuado».

La ponencia inaugural correspondió a Mario Bunge. Aunque su título inicial era «Epistemología de las ciencias naturales», redujo su ámbito a la consideración de la psicología como tal ciencia. El profesor Bunge seleccionó ese tema por considerar que «las relaciones entre la ciencia y la filosofía son particularmente notorias en el caso de la psicología, aunque sólo sea porque ésta se ha apropiado de un tema de la metafísica tradicional: el de la naturaleza de la psique y sus relaciones con el cuerpo». Además tres filosofías diversas —idealista, positivista y materialista— han inspirado tres enfoques en psicología que difieren tanto por la ontología subyacente como por sus objetivos y métodos: el mentalista, el conductista y el psicobiologista. Para situarlos, el profesor Bunge definió previamente el enfoque científico, de toda investigación, y su componente filosófico. Desde su perspectiva semántica, Bunge caracterizó el enfoque —o manera de concebir y tratar cuestiones en un campo cualquiera— con la fórmula: Enfoque= (Andamiaje General, Problemática, Metodica, Metas). En ella, el Andamiaje es un conjunto de hipótesis muy generales, referentes a tal campo, así como el modo de conocerlo; la Problemática es el tipo de problemas que se desea tratar; la Metodica, el conjunto de métodos o modos de tratar dichos problemas; y las Metas, las finalidades últimas de la investigación de dichos problemas con tales métodos. Sobre la base de esta caracterización, se comprende que una investigación, por científica que sea, nunca puede estar desprovista de supuestos filosóficos. Estos están incluidos en el primer componente de todo enfoque, que es el andamiaje general constituido por hipótesis ontológicas acerca de la naturaleza de los objetos a investigar, así como por hipótesis gnoseológicas acerca de la naturaleza y el alcance del conocimiento posible de dichos objetos. Y este andamiaje general, lejos de ser prescindible es el que guía la búsqueda de problemas y la manera de tratarlos, así como las metas generales de la investigación.

Desde tal perspectiva semántica, el profesor Bunge estableció las limitaciones científicas de los enfoques mentalistas y conductivista para llegar a la conclusión de que sólo el enfoque psicobiológico es plenamente científico, pues conjunta tanto con la psicología tradicional como con la neurociencia. De hecho, las hipótesis típicamente psicológicas, que encierran variables físicas, químicas, microfisiológicas, conductuales, poseen una estructura formal sólo compatible con el monismo materialista, que sirve de base al enfoque neuropsicológico, y además se ven confirmadas por la biología evolucionista actual.

En el coloquio correspondiente, Gustavo Bueno —aún valorando el esfuerzo de síntesis realizado por el profesor Bunge— expresó su preocupación por la tendencia al reduccionismo que suponía. Del hecho ontológico de que la mente no procede del Espíritu Santo, no cree que se pueda pasar al argumento *fuerte* de Bunge. Existe el riesgo de que la neurociencia —propugnada por el profesor Bunge— resulte reduccionista y acabe por liquidar a la psicología al convertirla en una reliquia arqueológica. En un sentido contrapuesto, el profesor Bueno planteó sus reservas acerca de la teoría bungiana de los «psicones», al considerar a éstos como conceptos psicológicos y no fisiológicos. Gustavo Bueno estimó también que la oposición que Bunge estableció, entre interior y exterior de la mente, no es tan fundamental como la oposición cerca-lejos. En su respuesta, el profesor Bunge expuso su convicción de que la neuropsico-

logía no conduce al reduccionismo simple. Manifestó también que no le preocupaba excesivamente una eventual desaparición de la psicología como ciencia. Y ello, por la razón de que no cree que debamos considerar como inmutable la división del trabajo entre las diferentes ciencias. Así, por ejemplo, cuando, como consecuencia del descubrimiento de los fenómenos electromagnéticos, la óptica fue subsumida en la física, no se produjo un empobrecimiento del conocimiento sino su enriquecimiento. A su juicio, lo que sucede actualmente en el campo de la psicología, es una consecuencia del dualismo de nuestra cultura. Este comprende incluso al marxismo. Así lo manifestó Bunge, respondiendo a una interpelación del autor de esta reseña, sobre la reflexología de Pavlov, al precisar que no sólo incurren en dualismo los psicólogos soviéticos sino también Marx y Engels. Para Bunge, el materialismo dialéctico es igualmente dualista, pues separa la superestructura de la base de la sociedad.

En su segunda ponencia, «Teoría económica y realidad económica», el profesor Bunge critica a la teoría neoclásica de la economía. En la primera parte de su ponencia —después de haber analizado algunas hipótesis típicas de la teoría neoclásica, contrastándolas con investigaciones recientes—, el profesor Bunge concluyó que, pese a su rigor formal, tal teoría no puede ser válida porque sus postulados fundamentales han sido ya refutados y no sirven para aplicarlos a la realidad actual. Seguidamente Bunge se detuvo en la enumeración de los requisitos de científicidad que debe revestir una disciplina para que pueda ser considerada como científica. A juicio de Bunge, para que algo llegue a ser auténticamente científico debe estar constituido por: un sistema de gentes que han recibido una educación especializada y que intercambian sus puntos de vista, en una sociedad que los tolera; debe también existir un cambio en el transcurso del tiempo, como consecuencia de las investigaciones, y se ha de reunir una colección de teorías lógicas y matemáticas actuales, así como un dominio del discurso, al que se añade un transfondo específico (datos obtenidos en otros campos de la investigación); además ha de tener un fondo de conocimientos (teorías e hipótesis obtenidas con anterioridad), unos objetivos (descubrimiento o uso de las leyes para explicar, unido a la sistematización de la teoría) y, finalmente, ha de tener metodica y solaparse con otro campo ya que no existen ciencias aisladas. Desde esta perspectiva, Mario Bunge criticó a la economía por su continuo distanciamiento de la psicología y la biología. En conclusión afirmó que la economía política, producto de la teoría neoclásica, no es una ciencia porque no se ocupa de la realidad económica actual, sino de un modelo que ya no existe, como es el del mercado libre. En síntesis, para Bunge, la economía neoclásica es una semiciencia con algunos capítulos desarrollados, como teoría de la producción, y otros totalmente subdesarrollados. Como es lógico, la ponencia del profesor Bunge provocó una intensa polémica, con algunos de los economistas presentes, pero la reacción de éstos no rebasó lo límites del corporativismo profesional (4 bis).

No es fácil, dentro de los límites espaciales de esta reseña, formular un juicio global sobre las concepciones de Mario Bunge. En síntesis, forzosamente esquemática, podría considerarse que en ellas coexisten posiciones próximas a un materialismo mecanicista con una concepción epistemológica general caracterizada por una dialéctica peculiar. Es evidente que la tendencia del profesor Bunge a un

cierto reduccionismo, la amplitud con que califica de «dualistas» a las posiciones ontológicas y gnoseológicas que difieren de las suyas, su tendencia a comprimir en formulaciones simples todos los campos del conocimiento —y la propia función de la ciencia— le aproximan a tal materialismo. Sin embargo, no es menos obvio que sus concepciones poco tienen que ver con el materialismo vulgar de Vogt, Büchner, Moleschoft, etc. Se aproximarían más —salvadas las naturales diferencias históricas— al materialismo natural de científicos como Haeckel y Boltzmann. En todo caso, su filosofía de la ciencia, —que él denomina *Epistemología*— es mucho más sofisticada y sutil, teniendo por base un amplio y sólido conocimiento de diversos sistemas filosóficos y distintas ciencias positivas.

En el plano de la dialéctica, la posición de Bunge sería vergonzante, en el mismo sentido que Engels calificaba de ateos vergonzantes a determinados agnósticos. Tanto en sus declaraciones a la prensa, como en sus intervenciones en el Congreso, así como en su obra *Materialismo y Ciencia* (5), el profesor Bunge mantuvo posiciones formalmente críticas respecto a la dialéctica. Sin embargo, la utilización, que constantemente realiza, de conceptos como los de «emergencia», «nivel», «procesos evolutivos», «sistémica», «dinamicismo», etc. conduce a que, algunas veces, sus posiciones solo difieren de las dialécticas semánticamente. Subsiste empero la crítica frontal que Bunge realiza al principio dialéctico de la unidad y lucha de los contrarios. Sus ejemplos sobre el movimiento de los fotones, y la cooperación entre especies, no son afortunados. Al igual que Bujarin, Bunge parece reducir la oposición de los contrarios a un simple antagonismo de fuerzas externas, de esencias no cambiantes, cada una de las cuales es como una fuerza absoluta. Esta perspectiva no tiene en cuenta que los contrarios están relacionados por una conexión, que es su unidad, y proporciona, del encadenamiento y de la interdependencia universal, una noción unilateral simplificada. Además, los experimentos de Davisson, Germer, Fabrikant, Biberman, Suushkin, etc. sobre la difracción de los electrones, los fenómenos del fotoefecto y del efecto Compton, así como el estudio visual de las fluctuaciones estadísticas de los fotones, realizado por Vavilov y sus discípulos, testimonian que las propiedades corpusculares y ondulatorias son propias, simultáneamente, de los microobjetos y no son algo complementario que se crea durante la interacción entre los microobjetos y los instrumentos. Por otra parte, ningún dialéctico niega que la cooperación complementa contradictoriamente a la lucha en el «mecanismo» evolutivo. Aún así, cabe considerar que la antidialéctica formal de Mario Bunge está condicionada por los múltiples riesgos que, en el medio anglosajón donde trabaja Bunge, supone definirse doblemente como dialéctico y materialista. Sin embargo, no se puede desconocer tampoco que aunque Bunge asume de hecho, con otra denominación, algunos de los postulados de la dialéctica, ésta no se integra plena y operativamente en su concepción filosófica general y, precisamente, a ello atribuimos la tendencia que en él se observa hacia ciertos reduccionismos y simplificaciones en sus formulaciones científicas y filosóficas. Todo ello, claro está, no resta valor a su contribución al Congreso ovetense. Sus dos presencias constituyeron no sólo la expresión muy operativa de una concepción epistemológica original sino también un mate-

rial muy fecundo para su discusión congresual. Y no digamos nada de sus múltiples intervenciones.

Las concepciones de Carlos París

Con el título «Posición de la ciencia ante el complejo cultural», el profesor Carlos París desarrolló una interesante ponencia. A su juicio, en la década del 60 se asistió a un replanteamiento de la filosofía de la ciencia equivalente a lo que se denomina un cambio de paradigma. El positivismo y el popperismo llegaron incluso a un cierto grado de agotamiento. Era característico de estas escuelas una neta distinción entre filosofía y ciencias. Igualmente, para Popper y Piaget, la historia del pensamiento científico tenía gran importancia y asimismo era relevante la actitud ante el sujeto. Sin embargo, a partir de Kuhn, se trataba también de tener en cuenta el componente social de la ciencia. Ello ya tiene antecedentes en Mach, Poincaré, Meyerson y en el pensamiento dialéctico. Además es muy elemental ese descubrimiento de la dimensión social de la ciencia, pues es sabido que ésta no se puede reducir a un sistema de proposiciones y la idea de las revoluciones científicas estaba ya en el pensamiento de Bachelard. Incluso la remisión a la sociedad en Kuhn, y sus seguidores, es limitada ya que se trata sólo de la comunidad científica. Empero a la ciencia sólo se la puede comprender plenamente si se la sitúa en un contexto amplio. Es decir, en el contexto cultural, ya que el hombre es, ante todo, un animal cultural.

Se suscita así el tema de la filogenia de la cultura: se puede considerar que la cultura es la continuación de la vida y en la vida hay un proceso de transformación del medio. Lo que eran pautas de conducta transmitidas genéticamente se convierten en propuestas culturales. Si a ello se añade la aparición de los signos, la cultura aparece como una extirpación de la propia vida. Dentro de esta filogenia habría que hallar un modelo de cultura que nos permitiese situar la ciencia en el contexto cultural. El va a intentarlo desde la



(5) Mario Bunge, *Materialismo y Ciencia*. Editorial Ariel. Barcelona, 1981.

perspectiva de un materialismo histórico actualizado: 1) Desde una filosofía de la reproducción. Sin embargo, no piensa sólo en los aspectos de la demografía y la ecología, como Marvin Harris, sino que se refiere a la reproducción de la familia, de la herencia cultural y de la identidad colectiva. También a los aspectos de la sanidad, la educación y los problemas de la soledad en la medida en que el hombre se va separando de la madre original. 2) Desde una perspectiva que considera el conocimiento como una acumulación de información. Se ha planteado incluso si se podría telegrafiar a un hombre. El propio planteamiento de esa posibilidad demuestra que la vida es estructuración de información y en el fondo de todo ese proceso se encontrarían los ácidos nucleicos. Ahora bien, todo lo relacionado con la información tiene una gran importancia para situar a la ciencia en el contexto del materialismo histórico. Sería la dimensión epistemológica de la cultura y cubriría el conjunto de los saberes organizados en formas muy diversas (estructuras y superestructuras). Después se situarían las prácticas epistémicas que comprenden toda una serie de códigos que distinguen el saber oficial de los no oficiales. Algunas clases, y grupos sociales, utilizan el lenguaje como un instrumento de dominio. Así, por ejemplo, el lenguaje médico y el de la tecnocracia. Tampoco se puede desconocer la existencia de una clase oficiante del saber oficial y cuyo origen se remonta a los chamanes y a los filósofos griegos. Así la clase dominante está inmersa en una filosofía que surge de su situación en el conjunto social. Se trata de saberes codificados, aunque a veces sean minúsculos como el de los burócratas. El origen del saber puede partir de la autoridad, de los libros sagrados (culto del libro) o del lenguaje científico. En estas prácticas epistémicas es muy interesante saber cómo cambian los criterios de validez ya que ello nos descubre una dimensión más profunda del ámbito de la cultura en que debe ser situada la ciencia (6).

Al hablar de ciencia debe tenerse en cuenta que la base de la cultura —en la que se halla inmersa— se sitúa en los procesos de producción. En ellos se da ya el componente epistémico del proyecto, como muy bien se refleja en el célebre ejemplo de Marx sobre el albañil y la abeja. Además, la relación ecológica entre el hombre y la naturaleza está condicionada culturalmente. Ello se ejemplifica bien en los «tabúes» que obstaculizan el proceso de conocimiento. Ya en su fase inicial, el saber aparece en dos facetas: 1) como proceso de conocimiento. 2) Como instrumento de aplicación y transformación. Esquematisando mucho las cosas, en Grecia este saber, como concepción del mundo, se encuentra en el «logos». Es la clase dominante la que se reúne en el ágora para discutir y así crea la retórica y la matemática, pero bloquea el paso a la técnica... En la Edad Media el saber es el del libro o el de los clérigos.

Actualmente ¿qué tiene que ver la ciencia con el saber oficial y la producción? La situación es muy distinta de la de los griegos o la Edad Media. La ciencia en la época moderna ha sido una actividad desvinculada de la producción pero que ha sabido crear una técnica: es el modelo de la Universidad alemana. Hay otra concepción que considera a la ciencia como una consecuencia de las revoluciones tecnológicas. Tras valorar la importancia del prefacio de Marx a su *Crítica de la Economía Política* —para la comprensión de estos procesos— el profesor París abordó el proceso de na-

cimiento de la ciencia y lo considera en un sentido amplio. Se remite a los ingenieros y técnicos del Renacimiento pero considera a Leonardo da Vinci como un producto atípico. Pero esta nueva clase social, que realiza la revolución epistémica, lleva a cabo una institucionalización del saber a través de una serie de técnicas. En ese mundo de las técnicas —condicionado por la concepción de la naturaleza como máquina— las experiencias son muy diversas y ello origina que la máquina de vapor, la locomotora, etc. surjan no como consecuencia del desarrollo de las ciencias sino de la técnica. Luego viene la etapa en que la ciencia se convierte en una fuerza de producción directa y con ello depende cada vez más del poder político-militar. Se pasa del modelo de ciencia alemán al norteamericano lo que sería muy interesante si ese modelo estuviese al servicio de toda la sociedad y no de su clase dominante. En conclusión, cabe afirmar que si bien es cierto que el saber se ha convertido en una forma de poder, desde las cosmovisiones a la ciencia aplicada, es todavía más frecuente que sea el poder político, militar o económico, el que instrumentalice a la ciencia.

En el coloquio, Gustavo Bueno señaló que la inserción de la ciencia en la cultura suscita el problema de cómo precisar el criterio de distinción entre ciencias culturales y sociales. ¿Por qué, al hablar de la ciencia griega, se dice que una clase ociosa bloqueó el desarrollo de la técnica si ésta no se estaba desarrollando? Carlos París, en su respuesta, precisó que las ciencias culturales son reduplicativamente culturales por su contexto y por su objeto. Son ciencias de autorreflexión. Cree que el planteamiento del problema está claro, aunque suscite la cuestión de la diferencia de «status» entre ciencias naturales y culturales y, por ello, él sería partidario de un pluralismo epistemológico. En el tema del bloqueo de la ciencia en la Antigüedad, surge la relación dialéctica posibilidad-realidad, ya que no se ha dado ese bloqueo en la realidad y él cree en la importancia del factor azar. Gustavo Bueno, a su vez, puntualiza que ese argumento no iría contra el determinismo sino contra el sociologismo reduccionista. Por su parte, el profesor Fernández Cepedal señaló que le ha llamado especialmente la atención el concepto de reproducción utilizado por el ponente y ello le hace remitirse a las posiciones de Stalin sobre la lingüística y también a la matemática griega en Hypias... Carlos París responde precisando que la vida es, ante todo, un proceso de información y organización. Empero la realidad es que el marxismo ha prestado más atención al aspecto de la producción. Sin embargo, en la reproducción, el fenómeno adquiere un sentido más amplio y se da también en otro plano: el del útero cultural y los fenómenos del troquelado. El lenguaje tiene mucho que ver con las formas de vida de una época. A la pregunta del profesor F. Cepedal, sobre si los lenguajes se limitan a un modo de producción o lo transcienden, Carlos París responde precisando que el lenguaje está muy condicionado por el modo de producción. En ese sentido considera que los conceptos de «estructura» y «superestructura» son un poco estratigráficos y se prestan a la divagación. La génesis no condiciona su valor.

La contribución de Gustavo Bueno

Gustavo Bueno desarrolló sus ponencias «El cierre ca-
tegorial aplicado a las ciencias físico-químicas» y «Gnoseo-

(6) Carlos París, *El rapto de la Cultura*. Editorial Mañana. Madrid, 1978.

logía de las ciencias humanas» en la segunda y tercera jornadas del Congreso. Ambas constituyeron una importante contribución, a los debates congresuales, desde la perspectiva de la original idea de ciencia que ha desarrollado sistemáticamente el profesor Bueno. En su primera ponencia se propuso esbozar, a través de una serie de ejemplos concretos, por qué líneas debería desarrollarse el análisis gnoseológico de las ciencias seleccionadas. Comenzó por dos observaciones previas: en la primera sostuvo la necesidad de regresar hacia los clásicos de la filosofía para plantear su teoría. «El nivel de ciencia que yo quisiera determinar exige precisamente un distanciamiento y mi tesis es que si no se regresa adecuadamente a Aristóteles no se puede decir prácticamente nada del tema». En la segunda, advirtió que sus ejemplos serían clásicos y elementales por la brevedad de la exposición. Por otra parte, sería más coherente con su teoría que fuesen los propios físicos y químicos quienes la aplicasen a sus respectivos campos científicos, al igual que ya se viene haciendo en otras disciplinas.

Como es sabido, la teoría del *cierre categorial* de Gustavo Bueno fue concebida inicialmente como una alternativa al concepto bachelardiano de corte epistemológico, utilizado por Althusser para demarcar sincrónicamente ciencia e ideología y por la escuela epistemológica francesa para separar diacrónicamente el arte de las ciencias, y se ha desarrollado hasta convertirse en una alternativa global a todas las escuelas metacientíficas, en particular a las postpopperianas (Kuhn, Feyerabend, Lakatos, etc.) Desde el materialismo filosófico, el profesor Bueno había subrayado las raíces no empiristas sino histórico-culturales de las que brota toda ciencia. Al enfrentarse ahora con el problema de la conexión entre el plano de los hechos (la presencia positiva del material de las ciencias) y el de las teorías (la realidad de su construcción) resuelve dialécticamente que «esta conexión no es algo previo o posterior a las ciencias, sino un resultado general obtenido a través del análisis de varias ciencias particulares dadas fácticamente (gnoseología especial)». En consecuencia, Gustavo Bueno establece cuatro posibilidades gnoseológicas: reduccionismo, teoricismo, adecuacionismo —en cuyas posiciones inserta a Mario Bunge— y la teoría del cierre categorial. Siguiendo a Morris y Bühler, el profesor Bueno distingue tres ejes lingüísticos sobre los que distribuye las partes formales de las diferentes ciencias conforme a las siguientes subdivisiones: fisicalista, fenomenológica y ontológica, corresponderían al eje semántico; el eje sintáctico quedaría distribuido en otras tres secciones: la de los términos, la de las relaciones y la de las operaciones. En el eje pragmático se darían la sección autológica, la dialógica y la normativa. Al cruzar esterométricamente estas secciones, en un espacio coordinado, se produce una combinatoria de figuras gnoseológicas, capaz de reorganizar de modo sistemático la mayoría de los términos usuales en el vocabulario de la metodología científica.

Desde un punto de vista sintético, Gustavo Bueno utiliza un paradigma que sirve de patrón aplicable por «recurrencia» a otras ciencias, al objeto de estudiar en vivo el funcionamiento característico del *cierre categorial*. Su interés en evitar caer en el formalismo le ha conducido a desarrollar una tesis original sobre la naturaleza de las ciencias formales, denominada *materialismo formalista*, según la cual el privilegio de la forma no se debe a ningún significado oculto o platónico sino a la sencillez tipográfica de los signos que constituyen la materia de tales ciencias. En rigor, para

el profesor Bueno, no sirve la distinción entre ciencias formales (supuestamente tautológicas) y empíricas (de hechos) pues toda ciencia es material. Gustavo Bueno propicia criterios internos de diferenciación en el seno del denominado grupo de las «ciencias humanas», como la distinción entre Metodologías β -operatorias y Metodologías α -operatorias, con los que se explica por qué se produce necesariamente una distinción interna de enfoques y perspectivas en el seno de tales ciencias. No menos eficaz resulta su criterio de demarcación entre Lógica y Matemáticas, en base a sus distinción entre operaciones autoformantes y heteroformantes. En síntesis, la teoría del cierre categorial enfatiza el aspecto operatorio de las ciencias porque la unidad de la ciencia es la unidad que va estableciéndose en el mismo proceso operatorio, porque los múltiples objetos materiales del campo, que cada ciencia acota, no están dados de antemano sino que son producidos por la actividad humana. Al definir la ciencia como una institución social, el materialismo constructivista de Gustavo Bueno rompe con la autolimitación característica de las concepciones idealistas y formalistas centradas en los «contextos de justificación», pero al reforzar su coherencia lógica el *cierre categorial* muestra una potencia metodológica capaz de conjugar los aspectos históricos de la ciencia con los lógicos. Desde esta perspectiva, la «verdad» de los conocimientos científicos no es concebida como la «adecuación» de la ciencia —o del lenguaje formalizado de las ciencias— a los hechos. La verdad, en el sentido gnoseológico, podrá situarse en el mismo ajuste o identidad sintética entre las partes del material que las operaciones —presididas por la lógica— van componiendo en un proceso que se cierra en el seno de cada categoría de la realidad. Así las ciencias constituyen un mecanismo colectivo, o social, de construcción por medio del cual se acotan campos de términos, en un sistema de relaciones, de modo que se establezca una operatividad cuyos resultados se mantengan siempre dentro del campo de partida. A través de sus diversos cierres cada ciencia explora, y conforma a la vez, un campo categorial y así la razón se transforma, con el mecanismo del cierre, en razón científica, episodio o momento privilegiado de las esferas categoriales racionales. En consecuencia, con la teoría del cierre categorial se puede: 1) Dar cuenta de la unidad interna de cada una de las ciencias. 2) Hallar criterios de separación entre las diferentes ciencias y con otras formaciones no científicas. 3) Dar cuenta de las conexiones entre lo que no es científico y lo que es científico y, en particular, de las transformaciones de las formas acientíficas en científicas y recíprocamente (7).

En el coloquio correspondiente, Mario Bunge destacó la imposibilidad de juzgar de inmediato todo un sistema filosófico —como el de Gustavo Bueno— y por ello se limitó a expresar su disconformidad con la ubicación que el profesor Bueno había hecho de su teoría en el adecuacionismo, afirmando que él no era un realista ingenuo sino, en todo caso, crítico. En su respuesta G. Bueno insistió en que, dentro de las cuatro posibilidades gnoseológicas que había señalado, seguía creyendo que la tendencia epistemológica de M. Bunge era adecuacionista, «porque hay referencias que corresponden a cosas materiales y hay un conjunto de

(7) Gustavo Bueno, *Idea de Ciencia desde la Teoría del Cierre Categorial*, Ediciones de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo», Santander, 1976.

predicados que se describen de modo empírico. A mi juicio este esquema de análisis adolece de cierto escolasticismo».

Con su segunda ponencia —«Gnoseología de las ciencias humanas»— Gustavo Bueno abordó la necesidad de instituir un análisis gnoseológico de las ciencias humanas. A su juicio, a tales ciencias se les podría aplicar con justicia la fórmula que Ortega y Gasset empleaba en *El tema de nuestro tiempo*, dado que el desarrollo de las ciencias humanas en España —y la fuerte incidencia de su proceso de institucionalización— hace apremiante la tarea de vigilar su estatus y estructura ya que puede afirmarse que bajo este pabellón se ocultan muchas ciencias-ficción (por ejemplo, el psicoanálisis) o disciplinas que, aunque importantes, simplemente no son científicas: ciencias de la información, de la educación, etc. El profesor Bueno considera que ese análisis requiere disponer previamente de un concepto riguroso de ciencia que sirva para establecer un criterio de demarcación. La finalidad de su ponencia es descartar la costumbre habitual de dar por consabido el concepto de ciencias humanas como concepto obvio (ciencias que tienen por objeto al hombre) o bien como concepto puramente denotativo (citando, por ejemplo, Facultades donde se estudian). A pesar de que hay que establecer obligadas clasificaciones, dentro de las ciencias humanas, en subclases muy distintas, como pueden ser las culturales en las que lo humano desaparece, no debe olvidarse tampoco que ciencias como la física, la biología y la etología, también se ocupan del hombre. En consecuencia, no basta con proponer al hombre como objeto de una ciencia para creer que se ha conseguido un concepto de ciencias humanas; el concepto debe ser gnoseológico.

Desde esta perspectiva gnoseológica, el profesor Bueno realizó una reexposición de la vieja distinción germana entre ciencias naturales y ciencias humanas, a través del criterio de la presencia, o ausencia, del sujeto operatorio dentro de la misma ciencia, de tal modo que el científico debe reproducir el comportamiento de los sujetos que trata como objeto, de forma parecida a como el juez reproduce el comportamiento del acusado. Por el contrario, según Gustavo Bueno, lo peculiar de las ciencias humanas estriba en el hecho de que en ellas, de una forma necesaria, está siempre presente una dualidad gnoseológica que denomina «metodologías α -operatorias» y metodologías β -operatorias». Para el profesor Bueno, el problema que plantean las ciencias humanas —situadas en el plano β -operatorio— es que cuando regresan al plano «alfa», en el que se eliminan los sujetos operatorios, dejan de ser humanas y cuando, por el contrario, se mantienen dentro del plano «beta» corren el riesgo de dejar de ser ciencias. Casi todas las ciencias humanas presentan en su seno esta dualidad metodológica que puede, por lo tanto, considerarse como un criterio de distinción.

En el coloquio, Carlos París —después de haber reconocido la gran riqueza teórica de la ponencia de Gustavo Bueno y la imposibilidad de discutirla en todos sus matices— planteó dos interesantes observaciones acerca de la Historia como maestra de la vida. Para el profesor París, la historia de la Historia no es —como había señalado Gustavo Bueno— reconocer un comportamiento histórico sin más, sino situar ese comportamiento de forma que resulte comprensivo ya que, con mucha frecuencia, la gente no es consciente de su propia actuación. Es decir, unas veces nos en-

contramos con falta de comprensión de los fenómenos históricos y otras con fenómenos de ocultación, y este es un campo donde las ciencias humanas cumplen un importante papel. Y esto nos lleva a otro plano, el de la presencia en las ciencias humanas de los aspectos ideológicos porque como todos saben —señaló Carlos París—, por ejemplo, en el campo de la economía existen teorías en las que coinciden los economistas pero hay otras en las que los separan fuertes diferencias ideológicas. A su vez, el profesor Mínguez objetó la tesis de Gustavo Bueno de que la científicidad de las ciencias debe ser expresable en una teoría gnoseológica. Según él, Kant elaboró una teoría gnoseológica en la que quedaban incluidas todas las ciencias excepto la química. En consecuencia, solicitaba del profesor Bueno una aclaración ya que su teoría del cierre categorial podía devenir en eventual inquisidora de las posibles ciencias. Gustavo Bueno respondió que, tal vez, el centro de la objeción se podría poner en la ambigüedad de una teoría normativa y otra que no lo sea, ya que esta ambigüedad normativa produce inmediatamente reacciones de diversa índole. Por su parte, el profesor Alberto Hidalgo advirtió el riesgo de que la exposición del profesor Bueno pudiese ser interpretada como un cierto reduccionismo metodológico y reivindicó el carácter metateórico de la distinción de Gustavo Bueno. Este carácter metateórico permite aplicarla a la historia de la ciencia —el análisis del profesor Capel sobre la geografía podría confirmarlo— a los métodos de la misma y, sobre todo, a la normativa.

Conclusión, Balance y perspectivas

Como ya indicamos, no es nuestro propósito realizar una reseña completa de este I Congreso. Por su duración, elevado número de ponencias y comunicaciones y alta calidad de éstas, ello requeriría un espacio superior al disponible. Es además innecesario ya que, con simultaneidad a este número de EL BASILISCO, Ediciones Pentalfa (8) ha puesto a la venta el volumen dedicado al I Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias. En este volumen no sólo se incluyen todas las ponencias y comunicaciones sino también el texto íntegro de su correspondiente debate. Por ello hemos preferido centrarnos en la metodología del Congreso y en las tres ponencias básicas definitorias de una concepción general de la ciencia. En consecuencia, de las demás intervenciones sólo podemos subrayar —por su gran interés intrínseco y brillantez expositiva— tres comunicaciones y dos ponencias. De entre las comunicaciones: «Caramuel y la ciencia moderna», del profesor Julián Velarde, «Teoría de sistemas y teoría de la organización», del profesor Alberto Hidalgo, y «Verosimilitud de las teorías», del profesor Miguel A. Quintanilla. A su vez la ponencia del profesor Garzón, catedrático de Energía Nuclear de la Universidad de Oviedo —«Evolución Histórica de la Metodología de la Física Nuclear»—, debe destacarse. De hecho, constituyó una magnífica síntesis, en la que el rigor científico y la calidad pedagógica se equilibraban adecuadamente, de una disciplina en la que los campos de la filosofía y de la ciencia convergen constantemente. Finalmente, es obligado detenernos en la ponencia del profesor Emilio Lledó titulada «El lenguaje de la ciencia y el lenguaje de la filosofía». Aun-

(8) Pentalfa Ediciones. Apartado 360 Oviedo.

que, en la introducción a esta reseña, ya hicimos alusión a la convincente refutación que el profesor Lledó realizó de quienes desde radicalismos lingüísticos conducen a la esterilidad, al cuestionar constantemente el sentido de cada generalización filosófica, no por ello se agota la gran riqueza que, en el plano de la contextualización cultural, tuvo su ponencia. Con gran brillantez expresiva, coherente con su lúcida racionalidad, Emilio Lledó se refirió a las eventuales diferencias, en un tema ya tópico de la filosofía, como es el del lenguaje científico y el lenguaje filosófico. Con el desarrollo actual de las ciencias, fundadas en un lenguaje preciso y bastante formal, parece que la filosofía ha quedado sin un criterio exacto de verificabilidad, al carecer de ese tipo de lenguaje. Frente al riesgo de nihilismo filosófico, que esa perspectiva supone, el profesor Lledó fundamentó las bases de una idea de lenguaje, como comunicación y como coherencia total, y, frente a una concepción estrecha de la racionalidad, desarrolló la teoría del objeto escrito, de los ámbitos múltiples de la comunicación, de algo y para alguien. Según el profesor Lledó, la función fundamental del lenguaje es su capacidad de comunicación y de ella se deriva la responsabilidad filosófica y científica. Como conclusión, Emilio Lledó sostuvo que no hubo un lenguaje filosófico y científico en el pasado pero sí hubo dos actitudes: una miraba a la naturaleza y la otra recogía la actividad intelectual; de ello se derivarían los nuevos lenguajes. Donde sí cabe una distinción entre filosofía y ciencia es en el mundo presente y, posiblemente, en el futuro.

En la sesión de clausura del Congreso, hubo un coloquio general sobre el tema «Conexiones entre ciencia y filosofía: una relación no institucionalizada». Se coincidió, unánimemente, en valorar muy positivamente los resultados del Congreso y en desear que se dé continuidad a tan fecunda iniciativa. En el plano autocrítico, hubo referencias a algunas deficiencias organizativas y a una eventual falta de perspectiva histórica o de la necesaria interrelación ciencia-filosofía-sociedad. No obstante, quienes hemos tenido oportunidad de participar en otros congresos filosóficos, pudimos constatar en éste una mayor eficiencia organizati-



va. También, sin mengua del vigor polémico y de que cada congresista interviniese desde su perspectiva propia, la existencia de un gran respeto a las distintas posiciones teóricas, ideológicas o de escuela. Respecto a la supuesta falta de perspectiva histórica, debe recordarse que el objetivo del Congreso era llevar a cabo una discusión conjunta entre filósofos y metodólogos de la ciencia, junto con científicos de tres disciplinas concretas (Física, Geografía y Psicología) y, evidentemente, ni la Historia, ni otras ciencias sociales, figuraban entre el material a triturar en el Congreso. Sin embargo, hubo ejemplos realmente notables de perspectiva histórica: la del profesor Horacio Capel, en cuanto a la evolución de la ciencia geográfica desde el siglo XVIII, con su referencia constante a la perspectiva historicista y a la perspectiva positivista. No lo fue menos la ponencia del profesor Julio Seoane «Panorama actual de la psicología científica» y la intervención del profesor Doncel, en la mesa redonda sobre la mecánica cuántica, en cuanto a la función histórica de la Escuela de Copenhague; e incluso, aunque su perspectiva era crítica y no necesariamente histórica, la del profesor Bunge respecto a la evolución de la Escuela Neoclásica en economía. En cuanto a la otra perspectiva — la de la interrelación ciencia-filosofía-sociedad— debe citarse no sólo la ponencia de Carlos París, que fue un intento fecundo de integrar las ciencias en el conjunto de la cultura desde la perspectiva del materialismo histórico, sino toda una serie de intervenciones que se dieron en los debates de ponencias y comunicaciones.

Sería injusto finalizar esta reseña del Congreso sin referirnos al gran impacto que obtuvo en los diferentes medios de comunicación. Ante la imposibilidad de valorar, y agradecer como corresponde, la labor de todos los profesionales que contribuyeron a este impacto, citaremos sólo — en representación de todos— a algunos de ellos. Así debe resaltarse la eficiencia de la oficina de información del Congreso —dirigida por Pilar Rubiera— y la función de nexo con el contenido de los debates desempeñada por Manuel Campa. Asimismo debe subrayarse el papel que, en la difusión de los debates del Congreso en el ámbito nacional, desempeñó el corresponsal de EL PAIS en Asturias, don José Manuel Vaquero. Tampoco debe omitirse la relevancia que la TV regional prestó al Congreso, gracias al gran sentido periodístico de su director Fautino F. Alvarez.

Ya ha sido convocado el II Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias a celebrar en Oviedo del 4 al 8 de Abril de 1983. Sus ponencias básicas estarán a cargo de prestigiosos investigadores en el campo de la Biología y de la Historia (disciplinas titulares de este II Congreso), así como de reconocidos estudiosos de la Teoría, la Metodología y la Historia de las Ciencias y del Pensamiento. Asimismo pueden presentarse Comunicaciones libres que se encuadrarán en las siguientes secciones: I. Teoría y Metodología General de las Ciencias. II. Historia de la Ciencia y del Pensamiento. III. Fundamentos de las Ciencias Formales. IV. Fundamentos de las Ciencias Naturales. V. Fundamentos de las Ciencias Antropológicas y Culturales. Todo induce a suponer que este II Congreso consagrará la definitiva continuidad, e institucionalización, de una iniciativa de la Sociedad Asturiana de Filosofía que ha satisfecho una necesidad que hasta ahora no se había cubierto satisfactoriamente en España. En su momento, EL BASILISCO dará de nuevo amplia referencia del resultado de ese II Congreso.